

Organizarse para la transición anticapitalista

David Harvey

La geografía histórica del desarrollo capitalista ha alcanzado un punto de inflexión crítico en el cual las configuraciones geográficas del poder se desplazan rápidamente, al tiempo que serios condicionamientos vienen a pesar sobre la dinámica temporal /*.

Los crecimientos acumulados del 3% (que se suelen considerar el tipo de crecimiento mínimo indispensable para una economía capitalista con buena salud) son cada vez más difíciles de mantener sin recurrir a toda clase de ficciones (como las que han caracterizado a los mercados de activos y a las operaciones financieras en los últimos veinte años). Tenemos buenas razones para creer que no hay alternativa a un nuevo orden mundial de gobiernos obligados a gestionar una transición hacia una economía con 0% de crecimiento. Para ser equitativos, no hay otra solución que el socialismo o el comunismo. Desde finales de los años 90, se afirma en el Forum social mundial la idea de que “otro mundo es posible”. Corresponde ahora decir cómo son posibles otro socialismo u otro comunismo y cómo operar la transición hacia esas alternativas. La crisis actual ofrece la ocasión para una reflexión sobre lo que esto puede implicar.

Las características de la crisis

La crisis que nos sacude tiene su origen en las respuestas que se dieron a la crisis de los años 70. Estas respuestas consistían en:

a) una ofensiva victoriosa contra el movimiento obrero organizado y sus instituciones políticas, movilizando excedentes de mano de obra global, estableciendo cambios tecnológicos que permitirían reducir efectivos y aumentando la competencia. Provocaron retrocesos salariales a escala global (reducción de la parte de los salarios en el PNB en prácticamente todas partes) y la creación de un exceso de mano de obra desechable y marginalizada, aún más amplio que antes;

b) la desestabilización de las antiguas estructuras de poder monopolista y el desplazamiento del estadio anterior del capitalismo monopolista (en el marco del Estado-nación), exponiendo al capitalismo a una competencia internacional mucho más agresiva. La intensificación de la competencia mundial se ha traducido en un descenso de los beneficios de las empresas no financieras. El desigual desarrollo geográfico y la competencia inter-territorial se han vuelto los rasgos distintivos del desarrollo capitalista, abriendo la vía a los primeros signos de un deslizamiento del poder hegemónico, sobre todo, aunque no sólo, hacia Asia;

c) la utilización y la afirmación de la forma más fluida y móvil de capital –el capital dinero– en la reasignación de los recursos de capital a escala global (que pronto se hará por mercados electrónicos), originando desindustrialización

en las regiones centrales tradicionales y nuevas formas de industrialización (ultra-opresivas) y de extracción de recursos naturales y materias primas agrícolas en los mercados emergentes. El resultado es una mejora de la rentabilidad de las empresas financieras y la aparición de nuevas formas de mundializar y de pretender reabsorber los riesgos, con la creación de mercados de capitales ficticios;

d) al otro lado de la escala social, un recurso creciente a la “acumulación por desposesión” como medio de aumentar el poder de la clase capitalista. Se han acentuado las nuevas ofensivas de acumulación primitiva contra poblaciones indígenas y campesinas, en proporción a las pérdidas de activos de las clases populares en las economías del centro (como lo testimonia el mercado de *sub-primes* inmobiliarias en los Estados Unidos que ha supuesto una enorme pérdida de activos, sobre todo de las poblaciones afro-americanas);

e) el aumento de una demanda efectiva, por lo demás en retroceso, forzando la economía de la deuda (gubernamental, de empresas, de economías domésticas) hacia su límite (en particular, en los Estados Unidos y en el Reino Unido, pero también en otros muchos países, como Dubai o Letonia);

f) la compensación de la anemia en los tasas de rentabilidad de las inversiones productivas, recurriendo a toda una serie de burbujas en los mercados de activos, todas ellas con la forma de una cadena de Ponzi, y culminando con la explosión de la burbuja inmobiliaria en 2007-2008. Estas burbujas de activos se basaban en el capital financiero y se servían de importantes innovaciones financieras, como los derivados y los títulos de crédito garantizados.

Las fuerzas políticas que se estructuraron para llevar a cabo estas transiciones tenían un claro carácter de clase y se dotaron de una ideología bien identificada: el neoliberalismo. Esta ideología se basaba en la idea de que la mejor garantía de la libertad individual la constituían los mercados competitivos, el libre cambio, la iniciativa individual y el discurso empresarial, y que por el bien de todo debía desmantelarse el Estado “sobreprotector” (“*nanny state*”). Pero en la práctica esto implicaba que el Estado debía asegurar la integridad de las instituciones financieras, y la aparición (con la crisis de la deuda de México y de los países emergentes en 1982) de un gran “riesgo moral” dentro del sistema financiero. El Estado (local y nacional) debía ocuparse cada vez más en asegurar un “clima favorable a los negocios” con el fin de atraer las inversiones en un entorno altamente competitivo. Los intereses populares venían detrás de los del capital, y en caso de conflicto entre unos y otros había que sacrificar los intereses populares (lo que se ha vuelto la norma de los planes de ajuste estructural del FMI desde los años 80). El sistema así creado se parece a una forma de comunismo de la clase capitalista.

Estas condiciones, desde luego, varían considerablemente según el lugar del mundo, las relaciones de clases existentes, las tradiciones políticas y culturales y los desplazamientos del equilibrio del poder político-económico.

La izquierda frente a la crisis

¿Cómo debe abordar la izquierda la dinámica de esta crisis? En períodos de crisis, la irracionalidad del capitalismo se expone a la vista de todos. El capital excedente y el trabajo excedente están uno al lado del otro sin que en apariencia se pueda conseguir volver a ponerlos juntos, con un fondo de inmensos sufrimientos humanos y de necesidades no satisfechas. A mediados del verano de 2009, una tercera parte de los bienes de equipo de los Estados Unidos estaban inutilizados mientras el 17% de la mano de obra se encontraba en el paro, en trabajos a tiempo parcial no deseados, o engordando la categoría de trabajadores “desanimados” [para buscar empleo]. ¡Nada más irracional!

¿Puede sobrevivir el capitalismo al traumatismo actual? Sí, aunque ¿a qué precio? Esta cuestión esconde otra. ¿Puede perpetuar la clase capitalista su propio poder ante esta avalancha de dificultades económicas, sociales, políticas, geopolíticas y medioambientales? También hay que responder que “sí”, sin la menor duda. Pero la mayoría de la población deberá ceder los frutos de su trabajo a quienes detentan el poder, renunciar a gran número de derechos y de activos duramente ganados (desde la vivienda hasta el derecho a la jubilación), y soportar todo tipo de degradaciones ambientales, por no hablar ya de retrocesos de todo tipo en sus condiciones de existencia, lo que quiere decir hambre para muchos que, en lo más bajo de la escala, están ya reducidos a sobrevivir. Crecerán las desigualdades de clases, como se puede comprobar ya. Y no bastará con la simple represión política ordinaria, sino que habrá que recurrir a las violencias policiales y a la intervención militarizada del Estado para someter la agitación.

Como todo esto sigue siendo muy imprevisible y teniendo en cuenta la gran variabilidad de los espacios de la economía global, las incertidumbres respecto a las posibles salidas se acentúan en período de crisis. Se abren paso todo tipo de posibilidades locales, tanto para capitalistas emergentes en uno u otro nuevo espacio donde pueden encontrar la ocasión de enfrentarse a las viejas hegemonías de clase y de territorio (como cuando el Silicon Valley en los Estados Unidos ocupó el lugar de Detroit desde mediados de los años 1970), como para los propios movimientos radicales a la hora de confrontarse a un poder de clase ya desestabilizado. Decir que la clase capitalista y el capitalismo pueden sobrevivir no significa que están predestinados a ello, ni que esté resuelta la cuestión de su forma futura. Las crisis son momentos de paradojas y de posibilidades.

¿Qué ocurrirá esta vez? Si el objetivo es recuperar los crecimientos del 3%, habrá que encontrar nuevas y rentables ocasiones de inversión del orden de 1,6 billones de dólares en 2010, para alcanzar los 3 billones de aquí a 2030. Estamos lejos de los 150 mil millones [miles de millones] de nuevas inversiones necesarias en 1950, y de los 420 mil millones de 1973 (valores en dólares corregidos en función de la inflación). Los auténticos problemas para encontrar salidas suficientes para el capital excedente comenzaron a aparecer después de 1980, a pesar de la apertura de China y del hundimiento del bloque soviético. Estas dificultades fueron resueltas en parte con la creación de

mercados ficticios donde se podía desarrollar libremente la especulación sobre los activos. ¿A dónde acudirá ahora toda esta inversión?

Dejando a un lado las obligaciones insoslayables de relación con la naturaleza (y el gran reto del recalentamiento climático), las otras barreras potenciales de la demanda efectiva en el mercado, de tecnologías y de distribuciones geográficas/geopolíticas, resultarán probablemente difíciles de franquear, aún suponiendo, lo que es poco verosímil, que no aparezca ninguna oposición creíble a la continuación de la acumulación del capital y al reforzamiento del poder de clase. ¿Qué espacios quedan todavía disponibles en la economía global para absorber los excedentes de capital? China y el exbloque soviético han sido ya integrados. El Sur y el Sudeste de Asia se aproximan rápidamente. Africa no está todavía completamente integrada pero es la única en ofrecer la capacidad de absorción de todo este excedente de capital. ¿Qué nuevas líneas de producción pueden ser abiertas para absorber el crecimiento? Podría ser que no hubiera soluciones capitalistas efectivas a largo plazo a esta crisis del capitalismo (aparte de una vuelta a las manipulaciones de capital ficticio). En este estadio, los cambios cuantitativos llevan a deslizamientos cualitativos y hay que tomarse en serio la idea de que podríamos estar precisamente en ese punto de inflexión en la historia del capitalismo. Cuestionar el futuro del capitalismo como sistema social viable debería estar por tanto en el centro del debate actual.

Pero parece que esta discusión no moviliza a mucha gente, ni siquiera en la izquierda. En cambio, seguimos escuchando los acostumbrados encantamientos sobre la perfectibilidad de la humanidad gracias a los mercados competitivos y al libre cambio, a la propiedad privada y a la responsabilidad individual, a una fiscalidad débil y a un compromiso minimalista del Estado en materia de ayuda social, aunque todo esto suena cada vez más a hueco. Se perfila una crisis de legitimidad. Pero las crisis de legitimidad no sobrevienen al mismo ritmo que las crisis de los mercados bursátiles. Hicieron falta tres o cuatro años, por ejemplo, antes de que apareciesen, hacia 1932, movimientos sociales de masas (progresistas o fascistizantes) en respuesta al crack bursátil de 1929. La intensidad con que el poder político intenta salir de la crisis actual no es ajena, sin duda, a este temor político a la amenaza de ilegitimidad.

En los treinta últimos años, sin embargo, han surgido sistemas de gobierno aparentemente impermeables a los problemas de legitimidad, llegando a desinteresarse de la misma búsqueda de un consenso. La combinación de autoritarismo, corrupción de la democracia parlamentaria por el dinero, vigilancia, medidas policiales y militarización (en particular con la guerra contra el terrorismo) y control de los medios de comunicación, parece conducirnos hacia un mundo en el que la canalización del descontento por medio de la desinformación, la fragmentación de las oposiciones y la canalización de culturas opositoras por medio de la promoción de las ONGs, tiende a volverse la norma, apoyada si hace falta por una coerción brutal.

Una crisis sistémica

La idea de que la crisis pueda tener orígenes sistémicos apenas se estila en los principales medios de comunicación (a pesar del intento de economistas tan conocidos como Stiglitz, Krugman e incluso Jeffrey Sachs, de retomar por su cuenta una parte de las armas críticas históricas de la izquierda, mostrando ocasionales chispas de lucidez). La mayor parte de las iniciativas gubernamentales para contener la crisis en Norteamérica y en Europa se reducen a perpetuar lo existente, y por consiguiente a apoyar a la clase capitalista. El "riesgo moral" que fue el primer desencadenante de los desfallecimientos financieros franquea ahora un nuevo límite con los planes de salvamento de los bancos. Las prácticas reales del neoliberalismo (en oposición a su teoría utópica) han consistido siempre en la asistencia pura y simple al capital financiero y a las élites capitalistas (con el argumento habitual de que hay que proteger a las instituciones financieras, ocurra lo que ocurra, y que es deber del Estado crear un clima favorable a los negocios que permita obtener confortables márgenes de beneficios). Esto no ha cambiado en lo fundamental. Se justifican estas prácticas con la discutible idea de que la "marea creciente" de las iniciativas capitalistas "pondrá a todo el mundo a flote", o que las ventajas del crecimiento acumulado beneficiarán como por arte de magia a todos (lo que nunca ocurre, fuera de algunas migajas que caen de la mesa de los ricos).

¿Cómo saldrán los capitalistas de la crisis actual y con qué rapidez? El repunte de los valores bursátiles, desde Sanghai y Tokio hasta Frankfurt, Londres y Nueva York, es una buena señal, se nos dice, a pesar de que el desempleo sigue creciendo en todas partes. Se puede comprobar el carácter de clase de esta planteamiento: hay que alegrarse del repunte de los valores bursátiles para los capitalistas porque se supone que precede a un repunte de la "economía real", donde se crean los empleos para los trabajadores y donde se ganan las rentas. Parece que ya se ha olvidado el hecho de que el último repunte bursátil, en 2002 en los Estados Unidos, sólo fue una "recuperación sin empleo". El público anglosajón, en particular, parece estar muy afectado de amnesia. Olvida y perdona fácilmente las transgresiones de la clase capitalista y los desastres periódicos que ocasiona, mientras los medios de comunicación capitalistas se apresuran a fomentar esta amnesia. Las economías china e india continúan creciendo, a grandes zancadas. Pero en el caso de China la contrapartida es una expansión gigantesca del préstamo bancario para proyectos de riesgo (los bancos chinos se habían quedado al margen de la locura especulativa global, pero ahora se encargan de tomar el relevo). La sobreacumulación de capacidades productivas progresa rápidamente y las inversiones infraestructurales a largo plazo, cuya productividad sólo se conocerá al cabo de varios años, están en pleno auge (incluso en los mercados inmobiliarios urbanos). La floreciente demanda china arrastra consigo a otras economías centradas en la oferta de materias primas, como Australia o Chile. El escenario de un crack en China no puede descartarse, aunque hará falta cierto tiempo para precisarse (en una especie de versión a largo plazo del caso de Dubai). Al mismo tiempo, el epicentro global de capitalismo se desliza cada vez más rápido hacia el Este de Asia.

El regreso de las ficciones

En los antiguos centros financieros, los jóvenes tiburones de las finanzas ya han cobrado sus *bonus* y han creado colectivamente un conjunto de instituciones financieras para cercar a Wall Street y la City londinense y repartirse los restos de los gigantes financieros de otra época, recuperar sus mejores pedazos y volver a comenzar como antes. Los bancos de inversión que todavía operan en los Estados Unidos (Goldman Sachs y J.P. Morgan) a pesar de su reencarnación en *holdings* bancarios, han logrado, gracias a la Reserva Federal, ser eximidos de las disposiciones reglamentarias y logran enormes ganancias (y provisionan en consecuencia para pagar grandes *bonus*) especulando peligrosamente con el dinero de los contribuyentes en mercados de derivados no reglamentados y siempre en expansión. El efecto de apalancamiento que estuvo en el origen de la crisis se repite como si no hubiera pasado nada. Se desarrollan innovaciones financieras con nuevas formas de envoltorio y venta de deudas (capital ficticio), propuestas a instituciones como los fondos de pensiones, en busca desesperada de nuevas salidas para el capital excedente. ¡Vuelven las ficciones (al igual que los *bonus*)!

Hay consorcios que vuelven a comprar los bienes inmobiliarios embargados y esperan que el mercado suba para poder revenderlos con beneficio, o constituyen una reserva de bienes raíces de alta gama en previsión de una recuperación de la actividad inmobiliaria. Los bancos clásicos esconden liquideces, procedentes en buena medida de las reservas públicas, contando con asegurar pronto repartos de *bonus* comparables a los del pasado, mientras toda una serie de empresarios están al acecho con la esperanza de sacar partido de este momento de “destrucción creativa” alimentado por una ola de dinero público.

Al mismo tiempo, el poder bruto del dinero, en manos de unos pocos, se enfrenta a todo lo que puede parecerse a gestión democrática. Los *lobbys* de las farmacéuticas, de los seguros sanitarios y de los hospitales privados, por ejemplo, han desembolsado más de 133 millones de dólares durante el primer trimestre del año 2009, para imponer sus voluntades en las reformas del sistema sanitario en los Estados Unidos. Max Baucus, que tiene una posición estratégica a la cabeza de la Comisión de Finanzas del Senado, responsable del Proyecto de Ley sobre la salud, ha recibido 1,5 millones de dólares como contrapartida a una ley que deja en manos de las compañías de seguros a muchos nuevos clientes poco protegidos contra una explotación y una extorsión despiadadas (Wall Street se siente en la gloria). Pronto entraremos en un nuevo ciclo electoral, corrompido legalmente por el enorme poder de dinero. En los Estados Unidos, los partidos de “K-Street” (sus *lobbyistas* y otros *think tanks*) y de “Wall Street” serán reelegidos con todos los requisitos, al mismo tiempo que se llama a los americanos a trabajar para salir del caos creado por su clase dirigente. Se nos recuerda que ya hemos vivido otros momentos similares y que, en cada uno de ellos, los americanos siempre se han arremangado, apretado el cinturón y salvado al sistema de su misterioso mecanismo de autodestrucción, mecanismo en el que la clase dirigente

asegura no tener ninguna responsabilidad. A fin de cuentas, la responsabilidad personal es cosa de los trabajadores, no de los capitalistas.

Socialismo y comunismo

Si éstas son las grandes líneas de la estrategia de salida de la crisis, podemos estar casi seguros de volvernos a encontrar en la misma situación en los próximos cinco años. Cuanto antes se salga de esta crisis y menos capital excedente se destruya ahora, menos lugar habrá para la vuelta a un crecimiento activo duradero. La pérdida de activos en este estadio (mediados del año 2009), según el FMI, se eleva a 55 billones de dólares, lo que equivale casi exactamente a un año de producción global de bienes y servicios. Hemos vuelto ya a los niveles de producción de 1989. Podemos contar con pérdidas de, al menos, 400 billones de dólares antes de llegar a ver el final del túnel. Según un sorprendente cálculo hecho público recientemente, tan sólo el Estado americano debe garantizar más de 200 billones de dólares de activos. La eventualidad de que todos estos activos se hundan es muy marginal, pero muchos podrían verse afectados y esta perspectiva da qué pensar. Por tomar sólo un ejemplo concreto: Fannie Mae y Freddie Mac, actualmente intervenidos por el gobierno de los Estados Unidos, tienen o garantizan más de cinco billones de dólares en préstamos inmobiliarios, entre ellos muchos con grandes dificultades (sólo en 2008 se han registrado pérdidas de más de 150 mil millones de dólares).

¿Cuáles son las otras soluciones? Desde hace tiempo, hay muchas personas en el mundo que sueñan que se podría definir y alcanzar racionalmente una alternativa a la (ir)racionalidad capitalista, movilizando las pasiones humanas en la búsqueda colectiva de una vida mejor para todos. Estas otras vías, conocidas históricamente con los nombres de socialismo y de comunismo, han sido experimentados en diversos lugares y momentos. En el pasado, como ocurrió en los años 1930, su visión era portadora de esperanza. Pero ambos han perdido su chispa, se los considera inadecuados y han sido abandonados, no sólo como consecuencia del fracaso de las experiencias históricas del comunismo que no supieron cumplir sus promesas y por la inclinación de los regímenes comunistas a disimular sus errores por medio de la represión, sino también por sus presupuestos, juzgados erróneos en cuanto a la naturaleza humana y a la perfectibilidad potencial de la persona y de las instituciones humanas.

Merece la pena señalar la diferencia entre socialismo y comunismo. El socialismo aspira a una gestión y una regulación democráticas del capitalismo, calmando sus excesos y redistribuyendo las riquezas producidas para el bien común. Consiste en repartir la riqueza por medio de una fiscalidad progresiva que garantice que las necesidades fundamentales (educación, salud e incluso vivienda) sean satisfechas por el Estado y sustraídas a las fuerzas del mercado. Muchas grandes realizaciones del socialismo redistributivo de la postguerra, no sólo en Europa, han sido hasta tal punto integradas socialmente que han quedado protegidas contra la ofensiva neoliberal. Incluso en los Estados Unidos, la seguridad social y Medicare son servicios muy populares,

casi imposibles de ser cuestionados por la derecha. En Gran Bretaña, los thatcheristas sólo pudieron retocar de forma marginal el servicio de salud pública. La asistencia social en Escandinavia y en casi toda Europa occidental parece ser un fundamento inquebrantable del orden social.

El comunismo, por su parte, pretende derribar el capitalismo creando un modo de producción y de distribución de bienes y servicios completamente diferente. En la historia del comunismo realmente existente, el control social de la producción, del intercambio y de la distribución, pasaba por el control estatal y la planificación sistemática. El intento fracasó a largo plazo, aunque, lo que es interesante, su variante china (y su aplicación anterior, como por ejemplo en Singapur) ha conseguido generar el crecimiento capitalista en forma más exitosa que el modelo neoliberal puro, por razones que no podemos analizar aquí. Los intentos actuales de reavivar la hipótesis comunista se caracterizan por el rechazo de todo control estatal y se vuelven hacia otras formas de organizaciones sociales colectivas, rechazando las fuerzas del mercado y la acumulación de capital como fundamentos de la organización de la producción y de la distribución. En el corazón de una nueva forma de comunismo se colocan los sistemas de coordinación entre colectivos de productores y de consumidores, organizados de manera autónoma, estructurados en redes horizontales y sin sistema jerárquico de decisiones descendentes. Las tecnologías contemporáneas de la comunicación hacen que este modelo resulte creíble. Por todo el mundo se pueden encontrar todo tipo de experimentaciones que desarrollan a pequeña escala estas formas económicas y políticas. Se observa al respecto cierta forma de convergencia entre las tradiciones marxistas y anarquistas, recordando su espíritu general de colaboración que se remonta a los años 1860 en Europa.

La multiplicidad de movimientos anticapitalistas

Aunque no sea seguro, resulta verosímil que 2009 marque el comienzo de un largo despertar en el que emergerá progresivamente, en un lugar u otro del planeta, la cuestión de las alternativas al capitalismo, radicales y de gran amplitud. Cuanto más se prolonguen la incertidumbre y la miseria, tanto más se cuestionará la legitimidad de las formas existentes de actividad económica y mayor será la exigencia de construcción de algo diferente. En vez de simples emplastes, resultarán tal vez más urgentes las reformas radicales para la reestructuración del sistema financiero.

El desarrollo desigual de las prácticas capitalistas por todo el mundo ha hecho que nazcan en todas partes movimientos anticapitalistas. Las economías con dominante estatal en gran parte del Este de Asia dan lugar (en Japón y en China) a contestaciones muy distintas de las diversas luchas contra el neoliberalismo que se han extendido por una buena parte de América Latina, donde el movimiento revolucionario de poder popular bolivariano se ha construido en una relación particular con los intereses de clase capitalistas con los que todavía tendrá que confrontarse realmente. Han aumentado las diferencias sobre la táctica y los programas de respuesta a la crisis entre los Estados de la Unión Europea, aunque esté en marcha un segundo intento de

elaboración de una Constitución unificada de la UE. Se encuentran movimientos revolucionarios y resueltamente anticapitalistas, aunque no siempre progresistas, en muchas regiones de los márgenes del capitalismo. Se han abierto espacios en cuyo interior puede abrirse algo completamente distinto en términos de relaciones sociales dominantes, de estilos de vida, de capacidades productivas y de concepciones mentales del mundo: ya se trate de los talibanes, del poder comunista nepalí, de los zapatistas de Chiapas y de los movimientos indígenas de Bolivia, como de los movimientos maoístas de la India agraria, y a pesar de todo un mundo que los separa en materia de objetivos de estrategias y de tácticas. El problema central es que en conjunto no hay movimiento anticapitalista resuelto y suficientemente unificado, capaz de poner en cuestión el reino de la clase capitalista y la perpetuación de su poder en la escena mundial. No hay tampoco una manera clara de combatir los bastiones de los privilegios de la élites capitalistas o de yugular su potencia económica y militar. Existen aperturas hacia otro orden social, pero no se puede decir con certeza ni cuál es ni dónde se encuentra. Pero la ausencia de fuerza política capaz de articular dicho programa (y con más razón, de ponerlo en marcha) no es una razón para negarse a empezar a entrever alternativas.

"¿Qué hacer?", la célebre pregunta de Lenin, desde luego, no puede encontrar respuesta sin una idea de lo que podría hacerse y dónde. Pero un movimiento anticapitalista global tiene pocas oportunidades de ver la luz sin una perspectiva directriz de lo que hay que hacer y del por qué hay que hacerlo. El bloqueo es doble: la falta de visión alternativa es un obstáculo para la formación de un movimiento de oposición, y la ausencia de dicho movimiento impide la enunciación de una alternativa. ¿Cómo salir del bloqueo? La relación entre la visión de lo que hay que hacer y su por qué, y la formación de un movimiento político implantado en diversos lugares para llevar a cabo esta tarea, debe ser pensado en espiral. Debe haber un reforzamiento mutuo si queremos llegar a alcanzar algo. En caso contrario, la potencial oposición estará condenada a quedarse acantonada en un círculo cerrado sin perspectiva de cambio constructivo, exponiéndonos a un futuro sin fin de crisis del capitalismo con consecuencias cada vez más mortíferas. La pregunta de Lenin exige una respuesta.

La principal cuestión a tratar es bastante clara. No es posible el crecimiento acumulativo de forma indefinida y los problemas que acosan al mundo desde hace treinta años muestran un límite a la acumulación continua de capital que no puede ser superado, excepción hecha de las puras ficciones que por sí mismas no tienen futuro. Hay que añadir a esto el hecho de que gran número de personas viven en el mundo en condiciones abyectas de pobreza, que los daños ambientales se agravan en una deriva incontrolada, que la dignidad humana es pisoteada por todas partes a la par que los ricos amasan fortunas (el número de multimillonarios en la India se ha doblado en 2008, de 27 a 52) y que las palancas del poder político, institucional, judicial, militar y mediático quedan sometidos a tan estrecha como dogmática tutela política que casi sólo sirven para perpetuar el *statu quo* y encuadrar la contestación.

Para una teoría "co-revolucionaria"

Una orientación política revolucionaria que no tenga miedo a combatir la acumulación sin fin del capital para cuestionar su papel de motor fundamental de la historia de la humanidad, debe disponer de una comprensión clara de las lógicas del cambio social. Deberán evitarse los fracasos de pasados intentos de construir un socialismo y un comunismo duradero y sacar las lecciones de esta historia tan complicada. Al mismo tiempo, hay que reconocer la necesidad absoluta de un movimiento anticapitalista revolucionario coherente. El objetivo fundamental de este movimiento es hacerse cargo del control social de la producción y de la distribución de los excedentes. Necesitamos con urgencia una teoría revolucionaria explícita adaptada a nuestra época.

Propongo que hablemos de una "teoría co-revolucionaria", derivada de una interpretación del análisis que hacía Marx de la manera como nació el capitalismo a partir del feudalismo. El cambio social se lleva a cabo en un despliegue dialéctico de relaciones entre siete momentos internos en el cuerpo político del capitalismo entendido como conjunto, o ensamblaje, de actividades y de prácticas:

- (a) las formas tecnológicas y organizativas de producción, intercambio y consumo
- (b) las relaciones con la naturaleza
- (c) las relaciones sociales entre las personas
- (d) las concepciones mentales del mundo, reagrupando saberes y niveles de interpretaciones culturales y de creencias
- (e) procesos de trabajo y de producción de bienes específicos, geografías, servicios o afectos
- (f) agencias institucionales, legales y gubernamentales
- (g) el encuadramiento de la vida cotidiana que sostiene la reproducción social.

Cada uno de estos momentos tiene su propia dinámica y es portador de tensiones y contradicciones internas (basta con pensar en las representaciones mentales del mundo), pero todos son co-dependientes y co-evolucionan en interacción los unos sobre los otros. La transición hacia el capitalismo se hizo por el movimiento de apoyo mutuo del conjunto de estos siete momentos. No se podían identificar nuevas tecnologías y nuevas prácticas sin una nueva representación mental del mundo (que incluye una concepción de la relación con la naturaleza y de las relaciones sociales). Los teóricos de lo social tienen la costumbre de considerar uno solo de estos momentos y considerarlo la clave última de cualquier cambio. Tanto los representantes del determinismo tecnológico (Tom Friedman), los deterministas medioambientales (Jarad Diamond), los deterministas de la vida cotidiana (Paul Hawkin), los deterministas del proceso de trabajo (los *autonomistas*), los institucionalistas, y así todos los demás, todos ellos se equivocan. Lo que cuenta es el movimiento

dialéctico propio del conjunto de todos esos momentos, a pesar del desarrollo desigual inscrito en ese mismo movimiento.

Cuando el capitalismo franquea una de sus fases de renovación, lo hace precisamente co-implicando todos estos momentos, y esto no ocurre sin tensiones, luchas, combates y contradicciones. Pero si observamos la configuración de estos momentos hacia 1970, antes de la marejada neoliberal, y la comparamos con lo que se parecen ahora, podremos ver que todos han cambiado hasta el punto de redefinir las características en vigor del capitalismo entendido como totalidad no-hegeliana.

Un movimiento político anticapitalista puede comenzar dondequiera, en el proceso de trabajo, en las concepciones mentales, en la relación con la naturaleza, en las relaciones sociales, en la elaboración de tecnologías y de formas organizativas revolucionarias, partiendo de la vida cotidiana o en los intentos de reformar estructuras institucionales y administrativas, incluyendo la reconfiguración de los poderes del Estado. Lo importante es asegurar que el movimiento político circule de un momento a otro en una dinámica de reforzamiento mutuo. Así es como el capitalismo salió del feudalismo y de igual manera algo radicalmente diferente, ya se le llame comunismo, socialismo o como se quiera, debe nacer del capitalismo. Los anteriores intentos de crear una alternativa comunista o socialista fueron incapaces de mantener en movimiento esta dialéctica entre los diversos momentos y de englobar las dimensiones de imprevisibilidad y de incertidumbre propios de este movimiento dialéctico entre los momentos. El capitalismo ha sobrevivido precisamente manteniendo este movimiento dialéctico entre los diversos momentos y englobando de manera constructiva las inevitables tensiones, incluidas las crisis, resultantes del mismo.

El cambio se produce, desde luego, a partir de determinados estados de cosas y hay que saber utilizar las posibilidades inmanentes a la situación existente. Como la situación existente varía considerablemente, del Nepal y las costas pacíficas de Bolivia a las ciudades desindustrializadas de Michigan y a las ciudades todavía en expansión de Bombay y Shanghai, pasando por los centros financieros, maltrechos aunque lejos de ser eliminados, como New York o Londres, las más diversas experimentaciones de cambio social, en distintos lugares y a distintas escalas geográficas, representan maneras posibles y a la vez potencialmente instructivas de crear (o no) otro mundo posible. Y en cada caso podrá parecer que uno u otro aspecto de la situación existente representa la clave de un futuro político distinto. Pero la primera regla de un movimiento anticapitalista global debe ser: no contar nunca con el despliegue dinámico de un momento determinado (a, b, c, ...) sin medir cuidadosamente la manera como se adapta y resuena la interacción con todos los demás.

Construir alianzas transversales

Del estado existente de las relaciones entre los diferentes momentos emergen posibilidades practicables en un futuro. Las intervenciones políticas

estratégicas, tanto en el interior como a través de las diferentes esferas, pueden hacer avanzar el orden social en otra trayectoria de desarrollo. Algunos dirigentes sagaces e instituciones preocupadas por el futuro lo hacen continuamente, en contextos locales, y no hay motivos para pensar que actuar así sea algo muy extraño y utópico. La izquierda debe buscar construir alianzas que unan, o sean transversales, a todos aquellos y aquellas que trabajan dentro de estas distintas esferas. Un movimiento anticapitalista debe ser mucho más extenso que los grupos movilizados por las cuestiones de las relaciones sociales o de la vida cotidiana en sí mismas. Las tradicionales desconfianzas entre quienes poseen conocimientos técnicos, científicos y administrativos y los animadores de los movimientos sociales de base, deben ser pensados y superados. Tenemos ahora a mano, en el movimiento contra el cambio climático, un ejemplo significativo de la forma como pueden comenzar a hacerse estas alianzas.

En este caso concreto, el punto de partida es la relación con la naturaleza, aunque todo el mundo comprende que debe tener una repercusión sobre todos los otros momentos y, aunque algunos mantengan la ilusión de una solución puramente tecnológica del problema, cada día es más evidente que están implicados la vida cotidiana, las concepciones mentales, las configuraciones institucionales, los procesos de producción y las relaciones sociales. Esto pasa por un movimiento de reestructuración de la sociedad capitalista como totalidad y por la confrontación con la lógica de crecimiento que está en el origen del problema.

En cualquier movimiento de transición debe haber un conjunto de objetivos comunes que vayan creando consenso. Pueden enunciarse algunas normas directrices. Podrían incluir (avanzo estas propuestas a título de contribución a la discusión) el respeto a la naturaleza, el igualitarismo radical en las relaciones sociales, configuraciones institucionales basadas en un principio de intereses comunes y de propiedad común, procedimientos administrativos democráticos (por oposición a las imposturas monetizadas que hoy día tienen curso legal), procesos de trabajo gestionados por los propios productores directos, una vida cotidiana como exploración libre de nuevos tipos de relaciones sociales y de la forma de disponer de la propia vida, concepciones mentales centradas en la realización de uno mismo al servicio de los demás, e innovaciones tecnológicas y organizativas orientadas a la consecución del bien común y no al apoyo al poder militarizado, a la vigilancia y a la rapacidad empresarial. Estos podrían ser los ejes co-revolucionarios en torno a los cuales podría converger y articularse la intervención social. Es utópico, por supuesto. ¿Y qué? Nosotros no podemos permitirnos no serlo.

Veamos más en concreto un aspecto particular del problema, con el que me encuentro en mi propio lugar de trabajo. Las ideas producen efectos y las ideas falsas pueden resultar devastadoras. El fracaso de las políticas basadas en un pensamiento político erróneo jugó un papel crucial en el derrumbamiento de los años 1930 y en la aparente incapacidad para encontrar una salida válida. Aunque no hay consenso entre los historiadores y los economistas a la hora de señalar qué políticas fracasaron, hay acuerdo en decir que el prisma de los conocimientos que sirvió de marco de comprensión de la crisis debía ser

repensado en su integridad. De esto se encargaron Keynes y sus colegas. Pero al llegar a mediados de los años 1970, se vio claramente que los instrumentos de las políticas keynesianas se habían vuelto inoperantes, aunque sólo fuera desde el punto de vista de su modalidad de puesta en práctica, y en este contexto el monetarismo, la teoría de la economía de la oferta y la (magnífica) modelización matemática de la microeconomía de los comportamientos del mercado, suplantaron las síntesis macroeconómicas del enfoque keynesiano. El marco teórico monetarista y estrechamente neoliberal que se impuso desde 1980 está hoy en cuestión. Ese enfoque ha fracasado de forma lamentable.

La fuerza material de las ideas

Necesitamos nuevas concepciones mentales para comprender el mundo. ¿Cuáles pueden ser y quién las producirá, dada la desazón sociológica e intelectual que rodea a la producción y, todavía más (aunque igual de importante), a la difusión del saber? Las concepciones mentales profundamente interiorizadas y asociadas a las teorías neoliberales, a la neoliberalización y al giro hacia la universidad-empresa y los medios de comunicación-empresas, han jugado un papel muy significativo en la producción de la crisis actual. Por ejemplo, la cuestión de lo que hay que hacer con el sistema financiero, el sector bancario, la relación Estado-finanzas y el poder de los derechos de propiedad privada, no se puede abordar sin salir del montón de tópicos. Se necesita una revolución en el pensamiento, en niveles tan distintos como la universidad, los medios de comunicación, el gobierno, o el interior de las propias instituciones financieras.

Aunque nada dispuesto a promover el idealismo filosófico, Karl Marx estimaba que las ideas constituían una fuerza material en la historia. Las concepciones mentales son, después de todo, uno de los siete momentos de esta teoría general del cambio co-revolucionario. Los desarrollos autónomos y los conflictos internos que pretenden determinar qué concepciones mentales deben volverse hegemónicas, tienen por consiguiente un importante papel histórico que jugar. Por esta razón escribió Marx, junto a Engels, *El Manifiesto Comunista*, *El Capital* y otras muchas obras. Estos trabajos proponen una crítica sistemática, aunque incompleta, del capitalismo y de sus tendencias a la crisis. Pero como el propio Marx dijo con insistencia, sólo cuando estas ideas críticas operen en el terreno de las configuraciones institucionales, de las formas organizativas, de los sistemas de producción, de la vida cotidiana, las relaciones sociales, las tecnologías y la relación con la naturaleza, el mundo podrá entonces cambiar de verdad.

Siendo el objetivo de Marx cambiar el mundo y no contentarse con interpretarlo, las ideas debían ser formuladas con una cierta carga revolucionaria. Eso chocaba frontalmente con las formas de pensar más próximas y más útiles para la clase dirigente. El hecho de que el pensamiento agonístico de Marx, sobre todo en estos últimos años, haya sido objeto de repetidas condenas y exclusiones (por no hablar de las múltiples edulcoraciones y malas interpretaciones) deja entrever que sus ideas son probablemente demasiado peligrosas para que la clase dirigente se acomode

con ellas. Aunque Keynes confesó en varias ocasiones no haber leído nunca a Marx, estuvo rodeado e influido, en los años 30, por muchas personas (como su colega economista Joan Robinson) que ya se encargaron de hacerlo. Muchos de ellos se opusieron con vigor a los conceptos fundamentales de Marx y a su modo de razonamiento dialéctico, pero al mismo tiempo se mostraron muy atentos y receptivos a lo que había sabido anticipar. No me parece exagerado decir que la revolución de la teoría keynesiana no habría surgido sin la presencia subversiva de un Marx escondido entre bastidores.

El problema de estos tiempos es que la mayor parte de la gente no tiene la menor idea de quién era Keynes y lo que defendía, al tiempo que el conocimiento del pensamiento de Marx es casi inexistente. La condena de las corrientes de pensamiento críticas y radicales, o más precisamente el encierro del radicalismo en los límites del multiculturalismo, las problemáticas identitarias y la elección cultural, crea una situación deplorable en la universidad y en otros sitios, en el fondo no muy diferente a la de pedir a los banqueros que aborden los problemas con los instrumentos que ellos mismos han creado. Tampoco facilita las cosas la adhesión general a las ideas post-modernas y post-estructuralistas, que celebran lo particular a costa de la búsqueda de una visión de conjunto. Lo local y lo particular tienen una importancia vital, desde luego, y las teorías que se han mostrado incapaces, por ejemplo, de pensar la diferencia geográfica, han hecho mucho mal. Pero encontrar en ello un pretexto para excluir cualquier consideración que supere las fronteras de su parroquia, sería consagrar la traición de los intelectuales y el anquilamiento de su papel tradicional.

Una nueva generación estudiantil

Los medios de universitarios, intelectuales y otros expertos en ciencias sociales y humanidades, se encuentran hoy día, en su conjunto, mal equipados para emprender la tarea colectiva de transformación de las estructuras del saber. A decir verdad, están ellos mismos muy implicados en la construcción de nuevos sistemas de gobernabilidad neoliberal que ignoran las cuestiones de legitimidad y de democracia y alimentan el autoritarismo tecnocrático. Son escasos quienes muestran alguna disposición a un enfoque cuestionador. Las universidades continúan promoviendo los mismos programas inútiles sobre la teoría económica neoclásica o la teoría política de la decisión racional, como si nada hubiera pasado, mientras las escuelas de comercio más caras se contentan con añadir un curso o dos de ética comercial sobre la mejor manera de ganar dinero con los quiebras de los demás. Aunque,° después de todo, la crisis es el resultado de la avidez humana y no se puede hacer nada al respecto!

La actual estructura dominante del saber es claramente disfuncional e ilegítima. La única esperanza que nos queda es que una nueva generación de estudiantes inteligentes (en el amplio sentido de que buscan conocer el mundo) se dé cuenta y se dedique a la transformación de esta estructura del saber. Así ocurrió en los años 1960. En otros momentos decisivos de la historia, movimientos inspirados por medios estudiantiles, constatando el desfase entre

la situación del mundo y lo que se les había enseñado y servido por los medios de comunicación, fueron capaces de actuar para que eso cambiase. Estos movimientos dan hoy señales de vida, de Teheran a Atenas y en muchos campus universitarios europeos. La manera como se comporte la nueva generación de estudiantes en China es probablemente una preocupación central en los antros del poder político en Pekin.

Un movimiento revolucionario joven, conducido por los estudiantes, con todas las incertidumbres y dificultades que le son propias, es una condición necesaria pero no suficiente para producir esta revolución de las concepciones mentales que tal vez nos lleve a una solución más racional de los problemas actuales del crecimiento indefinido.

Más en general, ¿qué ocurriría si un movimiento anticapitalista tomase forma a partir de una amplia alianza que reagrupase a los excluidos, los descontentos, los desprovistos y los desposeídos? La imagen de esta población sublevándose un poco por todas partes, reivindicando y ganando el lugar que le corresponde en la vida social, política y económica, despierta entusiasmo. Es también la ocasión para plantearse lo que podría ser la naturaleza de estas reivindicaciones y el tipo de acción a llevar a cabo.

No se pueden realizar transformaciones revolucionarias sin transformar, como mínimo, nuestras propias ideas, sin abandonar nuestros prejuicios y convicciones más queridas, sin renunciar a diversas satisfacciones y a diversos derechos cotidianos, y sin someternos a un nuevo régimen de vida cotidiana, sin cambiar nuestros papeles políticos y sociales, sin reasignar nuestros derechos, deberes y responsabilidades y sin alterar nuestros comportamientos para mejor conformarnos a las necesidades colectivas y a la voluntad común. Debemos ver el mundo que nos rodea (nuestras geografías) de una forma radicalmente nueva, y también nuestras relaciones sociales, la relación con la naturaleza y todos los otros momentos del proceso co-revolucionario. Podemos comprender, en cierta medida, que algunos prefieran la política de la negación a la confrontación activa con este conjunto de exigencias.

Sería reconfortante que todo esto pudiera ser realizado pacífica y voluntariamente, desposeernos a nosotros mismos de aquello que hoy poseemos y que obstaculiza la creación de un orden social más justo. Pero no podemos aparentar creer que las cosas puedan ser simplemente así y que no será necesaria ninguna lucha activa, incluyendo una parte de violencia. El capitalismo nació, como lo dijo Marx, por medio de fuego y sangre. Aunque podamos mostrarnos más hábiles para salir que para entrar, un paso puramente pacífico hacia la tierra prometida sigue siendo muy poco probable.

Las diversas corrientes de pensamiento en la izquierda

(a) En primer lugar está el tradicional sectarismo procedente de una historia de la acción radical y de los diversos enunciados de la teoría política de izquierda. Curiosamente, donde menos amnesia hay es en la izquierda (las escisiones entre anarquistas y marxistas que se remontan a los años 1870, entre

trotskistas, maoistas y comunistas ortodoxos, entre centralizadores que quieren dirigir el Estado y autónomos y anarquistas-antiestatalistas). Las querellas son ásperas y factores de discordia, hasta el punto de preguntarse si no sería más deseable, a fin de cuentas, un poco más de amnesia. Pero más allá de estas sectas revolucionarias y de estas facciones políticas tradicionales, todo el campo de la acción política ha sufrido una transformación radical desde mediados de los años 70. El terreno de la lucha política y de las posibilidades políticas se ha desplazado, tanto en el plano geográfico como organizativo.

Existen hoy día un gran número de organizaciones no gubernamentales (ONG) jugando un papel político que apenas era visible antes de mediados de los años 70. Financiadas tanto por el Estado como por el sector privado, integrando con frecuencia a organizadores y pensadores idealistas (constituyen un amplio programa de empleo), y consagradas por lo general a cuestiones específicas (el medio ambiente, la pobreza, los derechos de las mujeres, la lucha contra la esclavitud y los tráfico humanos, etc.), evitan el terreno político del anticapitalismo, pese a su adhesión a causas y a ideas progresistas. Aunque en algunos casos, hay que decirlo, son activamente neoliberales, participan en la privatización de funciones del Estado-providencia o estimulan reformas institucionales destinadas a facilitar la entrada en el mercado de poblaciones marginalizadas (los programas de micro-finanzas y de micro-créditos destinados a poblaciones de baja renta son el mejor ejemplo).

Los radicales y los militantes sinceros se encuentran en este mundo de las ONG, pero su acción, en el mejor de los casos, se limita a mejorar lo existente. Colectivamente, el balance de sus realizaciones es desigual, aunque en algunos ámbitos, como los derechos de las mujeres, la salud y la protección ambiental, pueden presumir razonablemente de una contribución importante a la mejora de las condiciones de vida. Pero la transformación revolucionaria por las ONG resulta imposible. Están demasiado a merced de las posturas políticas y programáticas de sus donantes. Por consiguiente, aunque al ayudar a reencontrar un poder de decisión a escala local contribuyen a abrir espacios donde son posibles alternativas anticapitalistas, e incluso sostienen la experimentación de estas alternativas, no hacen nada para impedir que estas alternativas sean recuperadas por la práctica capitalista dominante, y por decirlo todo, lo alientan. El poder colectivo de las ONG en el momento actual queda ilustrado en el papel dominante que juegan dentro del Forum social mundial, donde se han concentrado en estos últimos diez años los intentos por forjar un movimiento por la justicia social, una alternativa global al neoliberalismo.

(b) Un segundo movimiento opositor viene de los anarquistas, autonomistas y organizaciones populares locales que rechazan cualquier financiación exterior, aún cuando algunas de estas fuerzas continúa apoyándose en una base institucional alternativa (como la iglesia católica y sus iniciativas a nivel de "comunidades de base" en América Latina, o los apoyos diversificados de las iglesias a las movilizaciones políticas en las zonas de exclusión urbanas de mayoría negra [*inner cities*] en los Estados Unidos). Este grupo no es homogéneo (pensemos por ejemplo en las ásperas polémicas que enfrentan a

los anarquistas sociales con aquellos a quienes acusan de reducir el anarquismo a un simple "estilo de vida" [*liferstyle anarchists*]). Expresan sin embargo una antipatía común a la negociación con el poder del Estado y un apego a la sociedad civil como esfera donde el cambio es posible. Las capacidades autoorganizadoras de la gente en sus situaciones cotidianas deben ser el punto de partida de cualquier alternativa anticapitalista. Su modo de organización favorito es el trabajo en red horizontal. La forma de economía política que prefieren es lo que ahora se viene en llamar la "economía solidaria", basada en el trueque, los colectivos y los sistemas de producción local. Se distinguen por su oposición a la idea de una dirección central, la que sea, y rechazan las relaciones sociales jerarquizadas o las estructuras de poder jerarquizada así como los partidos políticos convencionales. Este tipo de organización existe en todas partes y en algunos casos han conseguido asegurarse una visibilidad política de primer plano. Algunos se sitúan en un registro radicalmente anticapitalista y se adhieren a objetivos revolucionarios, y en ciertos casos llegan a defender el sabotaje entre otras formas de acción (en un lejano eco de las Brigadas Rojas en Italia, el grupo Baader Meinhoff en Alemania o el Weather Underground en los Estados Unidos de los años 70). Pero la eficacia de todos estos movimientos (aparte de su franja más violenta) queda limitada por su reticencia y su incapacidad para convertir su militancia en forma organizativa a gran escala, y también a confrontarse a problemas globales. Los presupuestos de que lo local constituye el único nivel válido de intervención y de que todo lo que se parezca a jerarquía es forzosamente contrarrevolucionario, sitúan a unos y otros en un callejón sin salida cuando se trata de abordar retos más generales. Pero estos movimientos constituyen indiscutiblemente una amplia base de experimentación para una orientación política anticapitalista.

(c) Una tercera gran corriente proviene de las transformaciones que han vivido las tradicionales organizaciones del mundo del trabajo y los partidos políticos de izquierda, desde las filiaciones socialdemócratas hasta las formas trotskistas y comunistas de organización en partidos políticos. Esta tendencia no es hostil a la conquista del poder de Estado o a las formas de organización jerarquizadas. Las considera necesarias para la integración de la organización política en diversas escalas políticas. En la época en que la socialdemocracia era hegemónica en Europa e influyente en los propios Estados Unidos, el control estatal de la distribución de los excedentes se había convertido en el instrumento decisivo de reducción de las desigualdades. El hecho de no haber tomado el control social de la producción de los excedentes y, por tanto, no haber combatido realmente el poder de la clase capitalista, fue el talón de Aquiles de este sistema político, aunque no deberíamos olvidar los avances logrados, a pesar de que no basten hoy para volver a tal modelo político, entre discursos del bienestar social [*welfarism*] y keynesianismo económico. El movimiento bolivariano en América Latina y la llegada al poder de gobiernos progresistas socialdemócratas es uno de los signos más prometedores de una vuelta al estatismo de izquierdas bajo formas nuevas.

Tanto las organizaciones del mundo de trabajo como los partidos políticos de izquierdas han sufrido grandes contragolpes en los últimos treinta años en el

mundo capitalista. Unas y otros se han dejado convencer o han sido obligados a aportar un amplio apoyo a la neoliberalización, dándole un aspecto un poco más humano. Como ya se ha dicho antes, se puede ver en el neoliberalismo un movimiento amplio bastante revolucionario (conducido por esa autoproclamada dirigente revolucionaria que fue Margaret Thatcher) de privatización de los excedentes, o al menos de paralización de su dinámica de socialización.

Aunque se perciben señales de renacimiento de las organizaciones del mundo del trabajo y de las orientaciones políticas de izquierda (por distinguirlas de la "tercera vía" tan celebrada por los neo-laboristas británicos bajo Tony Blair y objeto de desastrosas imitaciones por parte de muchos partidos socialdemócratas europeos), signos de emergencia de partidos políticos más radicales en diversos lugares del mundo, la referencia exclusiva a una vanguardia obrera está hoy día en cuestión, como también lo está la capacidad de estos partidos de izquierda radical, una vez que logran acceder a responsabilidades políticas, para tener un impacto significativo sobre el desarrollo del capitalismo y hacer frente a la dinámica desordenada de una acumulación portadora de crisis. El balance de los Verdes alemanes en el poder no es precisamente brillante, comparando con su perfil político en la oposición, y los partidos socialdemócratas se han extraviado como fuerza política real. Pero los partidos políticos de izquierda y los sindicatos conservan cierto peso y su asunción de algunos aspectos del poder de Estado, como es el caso del PT brasileño o el movimiento bolivariano en Venezuela, ha tenido un claro impacto sobre el pensamiento de izquierda, no sólo en Latinoamérica. El complicado problema de la interpretación del papel del partido comunista en China, con su control exclusivo del poder político, y lo que pueden reservar sus futuras decisiones, tampoco es fácil de resolver.

La teoría co-revolucionaria que se ha presentado aquí parece indicar que no se puede constituir un orden social anticapitalista sin la toma y transformación radical del poder de Estado y sin refundación del marco constitucional e institucional que hoy día está al servicio de la propiedad privada, del sistema de mercado y de la acumulación sin fin del capital. La competencia interestatal y las luchas geo-económicas y geo-políticas en todos los frentes (desde los intercambios y el dinero a las cuestiones de hegemonía) son demasiado importantes para dejarlas a los movimientos sociales locales o para abandonarlas por resultar demasiado amplias como para ocuparse de ellas. La revisión de la arquitectura del complejo estatal-financiero y las cuestiones urgentes de la medida común del valor que confiere el dinero no pueden ser ignoradas en la búsqueda de la construcción de alternativas a la economía política capitalista. Es por tanto un poco ridículo querer ignorar al Estado y la dinámica del sistema inter-estatal, y ningún movimiento revolucionario anticapitalista puede aceptarlo.

(d) El cuarto gran bloque lo forman todos los movimientos sociales que no están guiados por una u otra filosofía política u orientación, sino por la necesidad pragmática de resistir al desplazamiento y a la desposesión (causados por los transgénicos, el desarrollo industrial, la construcción de pantanos, la privatización del agua, el desmantelamiento de los servicios

sociales y del acceso a la educación pública, entre otros). Esto requiere una atención particular a la vida cotidiana en la ciudad (grande o pequeña), en los pueblos o en cualquier otro marco que proporcione la base material para la actividad política contra las amenazas que las políticas estatales y los intereses capitalistas hacen recaer invariablemente sobre las poblaciones vulnerables. Estas formas de contestación política son masivas.

Hay un amplio abanico de movimientos sociales de este tipo, pudiendo algunos radicalizarse al hilo de una toma de conciencia de que los problemas son de orden sistémico, más que particular y local. El acercamiento de estos movimientos sociales en alianzas por la tierra (por ejemplo, Via Campesina, el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, o las movilizaciones campesinas contra el saqueo de tierras y recursos por las grandes empresas capitalistas en India) o en contextos urbanos (el derecho a la ciudad y los movimientos de recuperación de tierras en Brasil y ahora en los Estados Unidos), demuestran que se puede abrir la vía a amplias alianzas para debatir y atacar a las fuerzas sistémicas que en un sitio cultivan transgénicos, en otro construyen una presa, en un tercero hace privatizaciones, etc. Estos movimientos, más pragmáticos que ideológicos, que parten de su propia experiencia pueden sin embargo llegar a interpretaciones sistémicas. Desde el momento en que muchos están presentes en el mismo sitio –por ejemplo, la gran ciudad –, pueden (como imaginamos que ocurrió con los obreros de las fábricas, desde los primeros tiempos de la revolución industrial) hacer causa común y comenzar a forjar, sobre la base de su propia experiencia, una conciencia del funcionamiento del capitalismo y de lo que es posible hacer colectivamente. En este terreno tiene mucho que aportar la figura del dirigente "intelectual orgánico", tan tratado por Gramsci, del autodidacta que se dota de una comprensión del mundo de primera mano a base de duras experiencias, y que elabora su propia interpretación más general del capitalismo. Es un privilegio educarse escuchando a dirigentes campesinos del MST brasileño o a dirigentes de las luchas contra el saqueo de las tierras por las grandes empresas. En este caso, la tarea de quienes son instruidos, excluidos y en cólera, es amplificar las voces subalternas y dar a conocer las condiciones de explotación y de represión, y que las respuestas sean portadoras de un programa anticapitalista.

(e) El quinto epicentro de transformación social se sitúa en los movimientos de emancipación consagrados a las cuestiones de identidad –mujeres, niños, homosexuales, minorías raciales, étnicas y religiosas, que reivindican un mismo lugar bajo el sol– y en todo el abanico de movimientos ambientalistas que no son explícitamente anticapitalistas. Los movimientos que reivindican la emancipación en cada una de estas cuestiones están distribuidos geográficamente de forma desigual, y a menudo divididos en términos de necesidades y de aspiraciones. Pero las Conferencias globales sobre los derechos de las mujeres (Nairobi 1985, que condujo a la declaración de Pekin 1995) o sobre el antirracismo (con la Conferencia mucho más controvertida que tuvo lugar en Durban en 2009) intentan encontrar un terreno común, como es también el caso de las Conferencias sobre el medio ambiente, y no hay duda de que las relaciones sociales cambian con todas estas dimensiones, por lo menos en algunas partes del mundo. Cuando sus problemáticas son

formuladas en términos esencialistas, estos movimientos pueden aparecer incompatibles con la lucha de clases. En una buena parte de la universidad, estos enfoques han pasado por delante del análisis de clases y la economía política. Pero la feminización de la fuerza de trabajo a escala global, la feminización casi universal de la pobreza y la instrumentalización de las disparidades de géneros al servicio del control de la mano de obra, hacen de la emancipación de las mujeres y de su liberación de las represiones que pesan sobre ellas, una condición necesaria para afinar los objetivos de la lucha de clases. Otro tanto se puede decir de las otras formas de identidad sometidas a discriminación o represión directa. El racismo y la opresión de las mujeres y de los niños jugaron un papel fundamental en la aparición del capitalismo. Pero el capitalismo tal como existe hoy puede, en principio, sobrevivir sin esas formas de discriminación y de opresión, aunque su capacidad política para sobrevivir se vea restringida, e incluso podría no sobrevivir, frente a una fuerza de clase más unificada. La adopción muy limitada del multiculturalismo y de los derechos de las mujeres en el mundo de la empresa, en particular en los Estados Unidos, muestra algunos signos de adaptación del capitalismo a estas dimensiones del cambio social (incluido el medio ambiente), aún remitiendo a la preeminencia de las divisiones de clases como dimensión principal de la acción política.

Estas cinco grandes tendencias no son mutuamente excluyentes y no cubren la totalidad de los modos de organización de la acción política. Algunas organizaciones asocian estas cinco tendencias con habilidad. Pero queda mucho por hacer para poder reunir a estas distintas tendencias en torno a la cuestión subyacente: ¿puede cambiar el mundo material, social, mental y políticamente, para poner fin no ya sólo al desastroso estado de las relaciones sociales y ambientales, sino también a la indefinida perpetuación de la acumulación capitalista? Sobre esta cuestión deben seguir y seguir insistiendo quienes conocen la ira y la alienación, aprendiendo de quienes están expuestos a la experiencia directa del sufrimiento y dan prueba de un tan gran saber-hacer en materia de organización de las resistencias a las terribles consecuencias de la acumulación capitalista en cada sitio.

Marx y Engels afirmaban en su prefacio del *Manifiesto Comunista*: los comunistas no tienen partido político. Se constituyen simplemente, en todo momento y en todo lugar, como aquellos que comprenden los límites, las carencias y las tendencias destructivas del orden capitalista, así como las innumerables máscaras ideológicas y falsas legitimaciones que los capitalistas y sus apologetas producen (en particular, en los medios de comunicación) para perpetuar su propio poder de clase. Los comunistas son quienes que trabajan sin cesar preparando un futuro distinto al que nos reserva el capitalismo. Esta es una definición interesante. Si el comunismo institucionalizado tradicional está bien muerto y enterrado, según esta definición hay entre nosotros millones de comunistas de hecho, bien vivos, dispuestos a actuar a partir de su comprensión de las cosas, dispuestos a responder de manera creativa a los imperativos anticapitalistas. Si "otro mundo es posible", como decía el movimiento altermundista de final de los años 90, ¿por qué no decir también que "otro comunismo es posible"? Las condiciones actuales del desarrollo

capitalista exigen algo de este tipo, si queremos esperar una profunda transformación.

Traducción: *VIENTO SUR*

*/ Este artículo es el texto de la intervención pronunciada por su autor en el Forum Social Mundial de 2010 en Porto Alegre (cf. davidharley.com). Se publicó traducido al francés en el nº 7 (nueva serie) de la revista *Contre Temps*, tercer trimestre de 2010.